

INT-0801

~~CEPAL (0801)~~

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
XIV PERIODO DE SESIONES



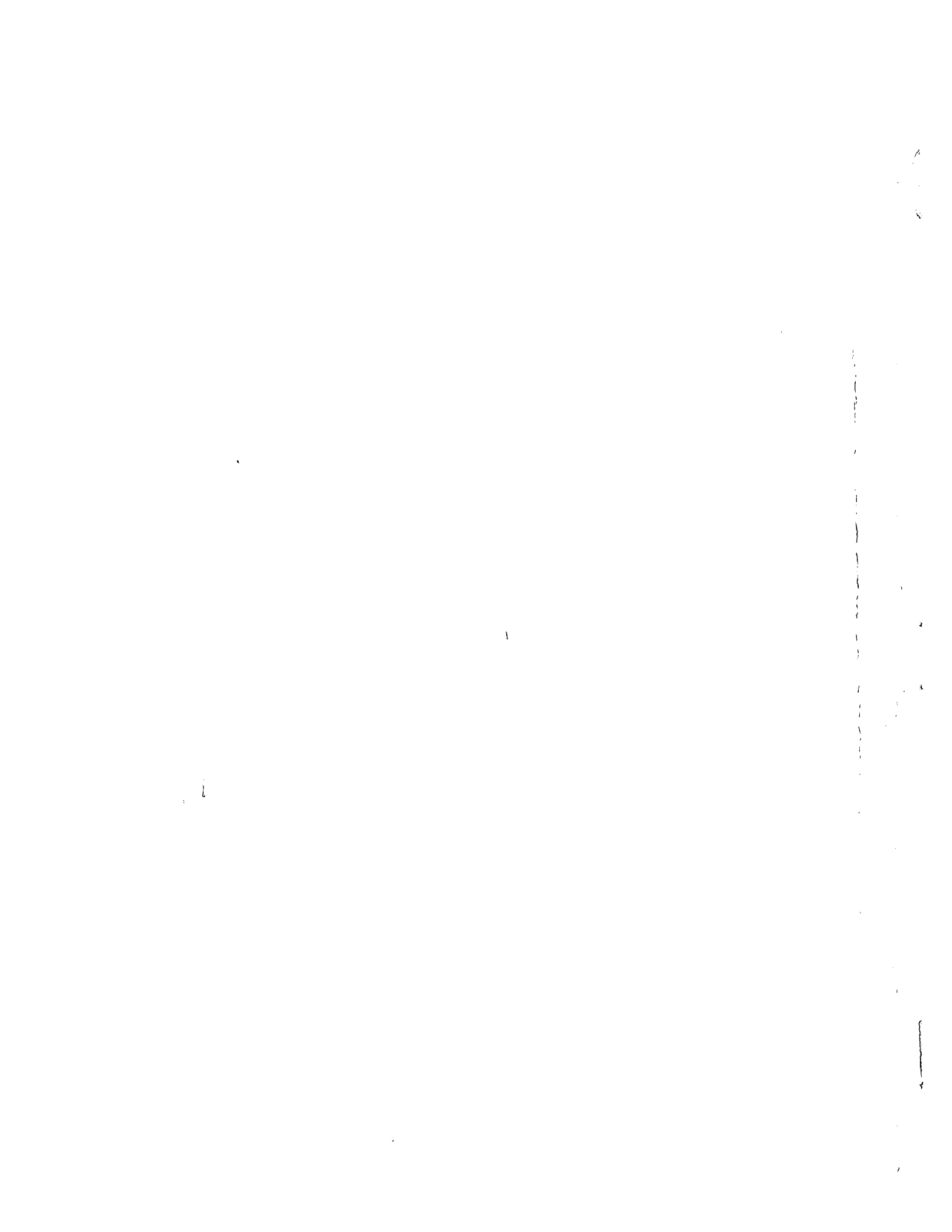
AMERICA LATINA Y EL SEGUNDO DECENIO
DE LAS NACIONES UNIDAS PARA
EL DESARROLLO

OBSERVACIONES de

CUBA

SANTIAGO DE CHILE

ABRIL DE 1971



I N D I C E

	<u>Página</u>
I <u>EL PROBLEMA</u>	1
- Frustración y Decepción	1
- Frustración en América Latina	2
- No hay Desarrollo sin Cambio de las Estructuras Económicas y Sociales	10
- Las Inversiones Norteamericanas en América Latina	11
- Explotación sin Desarrollo	18
- La Trampa del Comercio Exterior	20
II <u>COMO ES POSIBLE EL DESARROLLO</u>	25
- Los Cambios Revolucionarios son un Prerrequisito	26
- Los Elementos Sociales Básicos: Educación, Salud Pública	28
- La Infraestructura Física	31
- El Financiamiento	31
- Colaboración Financiera para el Desarrollo	34
- Desarrollo y Comercio Internacional	37
- Pueblo y Desarrollo	41
III <u>HACIA LA UNION DE LOS PUEBLOS DE AMERICA LATINA</u>	43

EL PROBLEMA

FRUSTRACION Y DECEPCION

Al iniciarse la década del 60, las Naciones Unidas, en un coro casi unánime de esperanza, lanzaron la iniciativa loable de hacer de los diez años que entonces se iniciaban, el Decenio del Desarrollo.

Si la esperanza no fue unánime, se debió a que aquellos --gobiernos y científicos-- que conocían las razones históricas del subdesarrollo no podían admitir, ni siquiera impulsados por el profundo deseo común, que un programa como el acordado por la Asamblea General de Naciones Unidas pudiera conducir a cambios sustanciales que se tradujeran en un avance importante de los países del llamado Tercer Mundo hacia el desarrollo.

Las mutaciones sociales y económicas que constituyen el prerrequisito de todo desarrollo verdadero son tantas y de tal profundidad, que ningún documento que tenga entre sus auspiciadores a aquellos que representan a los causantes históricos del subdesarrollo y que, además, por sus intereses actuales, se benefician de ese subdesarrollo y de su mantenimiento, podría trazar el programa que los pueblos subdesarrollados requieren y piden.

El transcurso de esta década ha servido para confirmar de modo dramático las razones del escepticismo. Tanto, que en el propio documento en que la Asamblea General --con las reservas de los representantes de algunos países, entre ellos la representación de Cuba--, expresa la ilusión de que el lanzamiento del primer Decenio: "constituyó un importante esfuerzo mundial por dar sustancia concreta" a la solemne promesa lanzada hace veinticinco años en la Carta de Naciones Unidas de "asegurar un nivel de vida mínimo, compatible con la dignidad humana, mediante el progreso y el desarrollo económicos y sociales" se ve obligada a reconocer, en ese mismo Preámbulo, "que hoy prevalecen... la frustración y la decepción".

No es posible, sin duda, escapar a la realidad consignada en el propio Preámbulo de que "el nivel de vida de innumerables millones de personas en las regiones en desarrollo del mundo continúa siendo lastimosamente baja". Y que "estas personas siguen estando a menudo subalimentadas, ineducadas y desempleadas, además de carecer de muchas otras comodi-

dades esenciales de la vida". Pero ese drama, por intenso que resulte, no es el que provoca la frustración con que los pueblos han salido del Decenio. Esos innumerables millones de seres humanos subalimentados, ineducados y desempleados hubieran disminuído si, como consecuencia de los propósitos enunciados en el ámbito de la Asamblea General, esa década significara algún avance hacia el desarrollo. Si los pueblos obligados al retraso pudieran confiar en que han empezado a salir de él y que se reduce el ancho foso que los separa de los países desarrollados, y en particular de aquellos que se desarrollaron gracias a la exacción de las riquezas, a la explotación del esfuerzo y de la sangre de los que mantuvieron en el coloniaje o en el neocoloniaje, el Decenio no habría transcurrido en vano. Lo que provoca la frustración, que no es para los pueblos motivo de desaliento sino origen de justificada ira que estimula la protesta y la lucha, es que como se reconoce en el propio documento "la disparidad en que una parte del mundo vive con gran comodidad e incluso con abundancia mientras la gran mayoría vive en una pobreza abyecta... continúa aumentando".

El primer Decenio no ha sido, como se esperaba, un Decenio del Desarrollo, sino un decenio de fracasos para el desarrollo.

FRUSTRACION EN AMERICA LATINA

El decenio no arroja para la América Latina características distintas a las del conjunto de los países subdesarrollados.

El documento E/CN.12/884 de CEPAL define el ritmo de expansión de la economía latinoamericana en la época diciendo que "excedió ligeramente el registrado el decenio anterior y fue muy similar al de la economía mundial..." Subraya además que "no alcanzó las tasas registradas en regiones y países más dinámicos". La diferencia en la tasa de crecimiento entre una década y otra fue sólo de 0.3%, para el cual hasta el calificativo de "ligero" parece excesivo. Pero cuando se pasa del producto global al producto por habitante, el espejismo matemático empieza a evidenciarse aún más. Porque la América Latina sólo creció a una tasa de 2.5% - per cápita durante la década, mientras que los países desarrollados crecían al ritmo del 4%, con lo cual en vez de acercarnos nos alejamos. Y si, además, tomamos en cuenta que esas cifras de crecimiento son muy

disímiles de país en país y que, si se logra un promedio de 5.4 en la tasa anual del producto global se debe a que un pequeño pero significativo número de países creció a ritmos por encima de esa media, la imagen que esos datos arrojan se hace aún más especulativa. Veremos enseguida cómo aún en el pequeño grupo de países que han alcanzado tasas al parecer importantes en el crecimiento del producto global no puede identificarse esas cifras ni siquiera con lo que podría ser definido como el comienzo del desarrollo económico.

La realidad de la América Latina sigue siendo lúgubre.

Lo que se dijo en el Estudio Económico de América Latina para 1969 (E/CN.12/851) para caracterizar la situación de la América Latina en el marco de la desalentadora situación de los países no desarrollados, es exacto:

" Los países de América Latina no han tenido mejor suerte en este cuadro mundial y, en importantes aspectos, aparecen todavía relativamente más perjudicados que otros países periféricos. Sin dudas, estaban en mejores condiciones que otras áreas en desarrollo: en su mayoría se constituyeron como naciones independientes en el primer cuarto del siglo pasado; aparecen mejor dotados de recursos naturales y algunos sobresalen medio siglo atrás, o antes, por la pujanza de sus economías o sus niveles de ingreso. Sin embargo, estos perdieron su posición ventajosa, y todos se han mantenido en el área periférica... El atraso relativo de América Latina en lo económico y tecnológico tiende a agrandarse. La región está realmente marginada de la evolución que se produce en los grandes centros... y se da el caso de que al mismo tiempo que la región pierde su importancia económica mundial, acrecienta su dependencia financiera y política en el cuadro internacional."

No es necesario, a estas alturas, aportar a la consideración de la Conferencia pruebas adicionales a las muy abundantes que ya existen y que podrían encontrarse en los mismos documentos presentados por CEPAL en los últimos años.

No se trata de que tomemos como índice de la América Latina aquellos países que al presentarse las estadísticas de nuestro cuadro regional aparezcan con las menores tasas de crecimiento o con los índices que pudie

ran significar un mayor retraso comparativo. No. El estancamiento de los países de la América Latina en su proceso hacia el desarrollo se refleja --con no menor nitidez y gravedad-- precisamente en aquella minoría de países del área que, en sus estadísticas, aparecen con tasas anuales de crecimiento que en apariencia numérica comparan favorablemente con las que mostraron en sus períodos más significativos de transición al desarrollo los países que figuran hoy en la vanguardia industrializada internacional.

Hay que insistir una vez más en que desarrollo y crecimiento económico no son idénticos. Todo desarrollo supone crecimiento, pero no siempre que un país registra crecimientos en su producción global o en su ingreso nacional está marchando hacia el desarrollo.

Para que pueda hablarse de desarrollo económico, tienen que haberse logrado las condiciones para un crecimiento autosostenido. Sabemos demasiado bien que la característica central de los países subdesarrollados es la distorsión de su economía, el desequilibrio básico. Como el subdesarrollo contemporáneo no es un fenómeno autónomo, sino impuesto; como no se trata de países que quedaron retrasados sino de países que fueron forzados al retraso por la intervención en su proceso histórico, económico y social de fuerzas que controlaron su economía, sometieron su política y desfiguraron su cultura, apenas queda entre los países subdesarrollados un ejemplo de verdadera economía primitiva y retrasada, que corresponda a los estadios iniciales del proceso económico que condujo a los países europeos a la industrialización capitalista en el Siglo XIX.

Si se ha podido hablar de la América Latina como la muestra típica de la dualidad de economías que genera el desarrollo, esa presencia de un sector moderno distorsionante se encuentra, en mayor o menor medida, en todas las zonas en que el colonialismo y el neocolonialismo ha dejado sus huellas.

Es por eso que desarrollarse significa para nosotros --como comienzo-- eliminar esa distorsión.

Y hay formas de crecimiento económico reflejado en los aumentos del producto bruto que lejos de corregir el desequilibrio están destinados a aumentarlo.

Cuba ha conocido en varios períodos de su proceso prerrevolucionario -

esas oleadas de aparente progreso económico. Siempre estuvieron determinadas por los requerimientos del capital inversionista extranjero, norteamericano, que en nuestro caso aprovechaba coyunturas favorables de la economía internacional para expansionar con nuevas inversiones el aparato productivo en aquellas ramas de la economía que les aseguraban una rápida e inusitada rentabilidad coyuntural, permitiéndoles recuperar con creces en breve plazo las inversiones realizadas. Fue así como durante la Primera Guerra Mundial y los primeros años de la post guerra el alto precio del azúcar determinó un proceso inversionista acelerado que condujo a producciones nunca alcanzadas antes internacionalmente en esta rama y que se reflejaban en tasas insólitas de crecimiento del producto global de nuestro país. Pero al mismo tiempo, con esas inversiones se consolidaba la deformación estructural de nuestra economía, que determinarían hacia el futuro su estancamiento y retraso y engendrarían la profunda crisis económico-social que comenzó en los años 30.

Años más tarde, un proceso distinto en apariencia pero similar en su contenido haría figurar en los índices globales de la economía cubana (producto bruto, ingreso nacional, etc.) tasas de crecimiento si no tan elevadas al menos similares a aquellas de las cuales hacen ahora ostentación jubilosa algunas economías latinoamericanas. La coyuntura de la invasión de Corea, unida a la política de "guerra fría" conducida por mister Foster Dulles y el Pentágono hacia "el borde de la guerra", determinó una nueva oportunidad coyuntural para exportaciones de azúcar y níquel en la economía cubana. No era necesario, sin embargo, entonces, la expansión de la industria azucarera, puesto que la capacidad ociosa acumulada desde los años 20 le permitía hacer frente a la nueva y transitoria demanda. Los excedentes de capital acumulados y las nuevas inversiones extranjeras fueron orientadas, por ello, hacia sectores manufactureros dirigidos a satisfacer la demanda interna. Pero como se mantuvo intacta la estructura económico-social, como los factores que determinaban un ámbito de miseria económica para la enorme mayoría de la población no fueron eliminados, la demanda que vendría a satisfacer ese nuevo ciclo inversionista era la que sustituía importaciones de bienes de consumo para los círculos de la oligarquía, para sus servidores administrativos, para un grupo minoritario de obreros que laboraban en el débil sector industrial que ya existía. Y además, esas inversiones no se realizaban con fines de desarrollo ni con preocupaciones de corregir deficiencias estructurales, sino sólo bajo el signo inexorable de la ganancia, que mueve toda empresa capitalista. La tecnología importada estaba, -

por ello, destinada a competir con las similares del extranjero para derrotar su competencia en las importaciones y creaba una cantidad insignificante de empleos, con lo cual sus efectos sociales eran aún más reducidos.

Es así como, al llegar el proceso revolucionario en 1959, Cuba simultaneaba tasas de crecimiento superiores al 4% anual con un desempleo de más de 600,000 trabajadores; con 100,000 campesinos desposeídos de propiedad y con ingresos infrahumanos; con más de 1 millón de analfabetos y con una alucinante disparidad entre su capital moderna, iluminada y alegrada para servir a la vez de 'club' y de prostíbulo internacional a sus adinerados y explotadores vecinos, y las provincias desguarnecidas, maltrechas, y miserables, símbolo del subdesarrollo latinoamericano.

Por eso no pueden impresionarnos los datos que hablan para algunos países de la América Latina de tasas anuales de 6, 7 y hasta 8% en el producto bruto. Mrs. Joan Robinson, la destacada economista, refiriéndose a ellas habló de un 'crecimiento estadístico'. No hay otro modo de considerarlas.

Creo que todos estamos contestes en que difícilmente podría hablarse de un 'desarrollo' del segundo país, pese a que su tasa de crecimiento fue del 6.0% anual en los últimos años.

Las desigualdades sociales no han sido atenuadas, siquiera, por ese crecimiento. El 5% de la población, según los datos de CEPAL, absorbe todavía el 40% de la renta, mientras el 50% de la población percibe sólo el 15% del ingreso. Dos provincias, que concentran sólo la quinta parte de la población, reciben sin embargo el 46% del ingreso, tienen el 60% del empleo industrial y generan el 70% de la producción industrial. Aún dentro de esas dos provincias, se reproducen en menor escala las distorsiones comunes de la América Latina.

Si quisiéramos encontrar un ejemplo de ese desequilibrio en el propio sector asalariado, las mismas cifras nos servirían de modelo, puesto que mientras el 40% de los asalariados percibía menos del 17% de los salarios totales, el 5%, es decir el sector privilegiado de la clase obrera vinculado a las industrias de mayor concentración de inversiones locales y extranjeras, recibía el 30% de los salarios totales, y su remuneración promedio era 22 veces mayor que la de los asalariados de menores ingresos. No hay que decir que existe una capa privilegiada que recibe -

estadísticamente el título de "asalariados" pero que está integrada por técnicos de nivel, funcionarios y administradores, personal vinculado más a los dueños de empresa que a la clase obrera. Constituye el 1%, en número, del sector que percibe "salarios", pero sus ingresos representan el 20% de los salarios totales, y su salario promedio es 36 veces mayor que el salario mínimo. Los demás países con tasas de crecimiento superiores al promedio arrojan una imagen semejante.

Hay uno en que la tasa de crecimiento ha sido del 4.3%.

Los ingresos de la población en ese país se caracterizan por su desigual distribución. La mitad más pobre percibe el porcentaje más bajo del ingreso total que existe en toda América Latina. En él se ha producido durante los últimos años el típico fenómeno de "crecimiento" unilateral del llamado sector moderno, dentro de un marco general donde predomina lo que los analistas de CEPAL llaman el sector primitivo. En realidad, el 35% de la fuerza de trabajo se desenvuelve en el sector agrícola, pero sólo contribuye con el 7% al producto nacional bruto. Gran parte de la población urbana se dedica a actividades marginales. Otra parte está francamente desempleada. Debe recordarse el contraste que ofrece su mencionado sector moderno en un medio en el que los dos tercios de las unidades agrícolas sólo disponen del 2.3% de la superficie total.

Por último, hay un tercer país que creció al ritmo anual de 6.9%. Sin embargo, su producción manufacturera era, en 1968, 18 veces mayor que en 1910, mientras que el número de asalariados en manufacturas aumentó sólo en 3 veces en el mismo período. La tasa de crecimiento del producto bruto interno en manufacturas en los últimos veinte años era de casi el 8%, mientras que el empleo en la industria manufacturera crecía al 5%.

En este país los desniveles de ingreso no sólo se han mantenido sino que en la práctica se agravan. Sus sociólogos contemporáneos afirman que si Alexander von Humboldt se asombró al visitarlo en la mitad del Siglo XIX, por los contrastes violentos de opulencia y miseria que entonces le golpearon, su asombro no sería menor en estos días. Pero, además, el crecimiento económico que se refleja en esas tasas de aumento del producto bruto ha dado en los últimos años un resultado aún más teratológico: el de la concentración de las actividades productivas en la capital y sus alrededores. Con la séptima parte de la población, la capital tiene el 55% del producto bruto, genera el 61% del producto industrial, su

producción industrial per cápita es casi cuatro veces mayor que el resto del país, consume casi dos veces más electricidad que los 40 millones de habitantes restantes, y hay en ella cinco veces más automóviles particulares que en los demás estados.

Los moradores en localidades de menos de 2,500 habitantes recibían hace pocos años, en medio del boom nacional, un ingreso promedio equivalente a 10 dólares mensuales por persona. Una encuesta realizada en ese mismo año arrojó que el 61.9% de las familias con ingresos mensuales inferiores a los 50 dólares (unos 10 dólares per cápita) tenían un ingreso total que equivalía al que recibía menos del 1% de las familias acaudaladas. Según los datos de CEPAL, este 1% de la cúspide social concentra el 12% del ingreso nacional.

Aquí también, si nos atenemos a las estadísticas, la distribución de ingreso parecería progresar a favor de los asalariados, puesto que la categoría de ingresos por "sueldos y salarios" representaba en 1950 un 26% del ingreso nacional y en 1967 un 35%. Ello refleja sin duda un crecimiento numérico de los asalariados, que entre 1950 y 1967 pasaron de menos del 50 a más del 60% de la fuerza de trabajo ocupada. Pero, sobre todo, el crecimiento de ingresos manifiesta la rápida y deformadora apropiación de los ingresos procedentes del trabajo, no por la clase obrera productiva sino por el sector de los técnicos y empleados que constituyen la capa superior de una clase media capitalina con la cual comparte el inversionista extranjero y el empresariado nacional que a ellos se asocia. Así, mientras el salario promedio por obrero era de 800 dólares al año, los sueldos medios por empleado ascendían a 2,400 dólares anuales. *)

Cualquier análisis exigente de las economías latinoamericanas caracterizadas en la última década por las más altas tasas de crecimiento anual en el producto bruto, permitiría confirmar los rasgos comunes siguientes:

Primero: Aumento de la dependencia externa.

No se trata tan sólo ni principalmente de que existan saldos deficitarios -

*) Datos extraídos del libro publicado por los economistas Fernando Carmona, Jorge Carrión, Alonso Aguilar y Guillermo Montaña en la Colección "Latinoamérica Hoy", Editorial Nuestro Tiempo, México, 1970. Las fuentes individuales figuran en el mencionado estudio.

en el comercio y en el balance de pagos o de la acumulación de las deudas a largo plazo con el extranjero. En las condiciones contemporáneas, cualquier proceso de desarrollo genuino tiene un alto grado de dependencia del financiamiento externo y generará, en el plazo corto y medio, desbalances financieros inevitables.

No es, ni siquiera, el hecho de que las inversiones extranjeras en esos países --que explican el crecimiento acelerado de algunos de sus índices económicos-- comprometan una cuantía importante de sus recursos futuros.

Aún en esas circunstancias, si las inversiones que motivan el crecimiento económico hubieran sido realizadas a la vez con una política de desarrollo económico y social, contribuirían a la reducción progresiva de esos factores de subordinación externa y serían un elemento dinámico para el conjunto de la economía nacional, impulsándola hacia la autosustentación.

Segundo: Aumento del desequilibrio social interno.

Algunos de los datos manejados en párrafos anteriores constituyen una evidencia palmaria de este rasgo.

Tercero: Aumento del desequilibrio estructural.

En ninguno de los países con altos ritmos de crecimiento global se ha producido corrección alguna a las desarmonías y desproporciones que en su estructura económica fueron, como en todo país subdesarrollado, la secuela de la antigua y nueva dominación,

El estudio de la Comisión "Aspectos Básicos de la Estrategia del Desarrollo de América Latina", E/CN.12/836 (Rev. 1), reconoce esa circunstancia al decir:

"Para que un sistema de esa naturaleza (se refiere al de la dualidad contradictoria entre el sector moderno y el retrasado) resultara eficaz a largo plazo, se requeriría ampliar progresivamente el estrato moderno, de modo que fuera incorporando una proporción creciente de la población activa. Pero ese proceso no se ha dado con intensidad suficiente en la América Latina."

"En la medida en que han venido ahondándose --añade el estudio-- las diferencias de productividad e ingresos entre el sector moderno y

el resto de la economía, se ha ido fortaleciendo también factores - que tienden a acentuar esa diferenciación; es decir, la propia dinámica del proceso tiende a reforzar ese esquema de crecimiento... "

NO HAY DESARROLLO SIN CAMBIO DE LAS ESTRUCTURAS ECONOMICAS Y SOCIALES

La experiencia de la década confirma lo que los economistas revolucionarios de la América Latina han venido sosteniendo y lo que puede encontrarse en los estudios de CEPAL, desde sus primeros análisis de la economía latinoamericana: el cambio de estructuras es una precondition para el desarrollo latinoamericano.

Vale la pena, sin embargo, llamar la atención sobre algo que pudiera tener connotaciones mucho más que semánticas. En la mayor parte de los documentos elaborados por CEPAL a lo largo de su historia se hacía evidente que al referirse a "cambios estructurales", la Comisión les asignaba un sentido de profundas transformaciones económicas y sociales, vinculadas a cambios en la estructura misma de la propiedad. Así los concebimos también. Sin embargo, al analizar las "Tendencias y Estructuras en la Economía Latinoamericana" (E/CN.12/884), se encuentran formulaciones en que esa antigua e importante interpretación de las "estructuras" aparece capitada y disminuida. Cuando el documento afirma (Página 4) que "la difusión y arraigo del progreso técnico, la expansión de la economía y el incremento correspondiente de los ingresos, van necesariamente modificando la estructura productiva", los cambios estructurales quedan convertidos en una consecuencia de un desarrollo económico logrado por la vía evolutiva de la "expansión" --que se parece mucho al crecimiento estadístico-- en vez de un prerrequisito para toda posibilidad seria de desarrollo. Poco después (Páginas 7 y 8), al hablar de los "cambios estructurales", el documento se refiere "a los cambios en la estructura productiva desde el ángulo de las representaciones sectoriales" y también "a los ocurridos en la estructura de la ocupación". De ahí que se le asigne también una significación "estructural" a las transformaciones internas de la producción manufacturera, por ser "el núcleo más dinámico en esta etapa del desarrollo latinoamericano".

Quisiéramos subrayar que al referirnos a los cambios estructurales lo hacemos partiendo de la vieja y probada acepción, es decir, cambios que

entrañan alternaciones básicas en el dominio de los medios de producción, como la Reforma Agraria, la nacionalización de los sectores claves de la economía, etc.

Para la América Latina tales cambios son en sí mismos revolucionarios. Importa menos discutir en este análisis las vías por las cuales ese proceso revolucionario puede realizarse que destacar su necesidad ineludible y perentoria. Después de dos décadas de debate intensivo y experiencias, no es necesario demostrar cómo mientras la propiedad agraria de la América Latina se mantenga en manos de un puñado de latifundistas, ni será posible introducir en el agro las técnicas modernas que logren elevar esos ínfimos crecimientos de 2 y 3% anuales, inferiores en largos períodos al crecimiento de la población, ni la enorme masa de los campesinos y obreros agrícolas de la América Latina, marginada hoy de la economía monetaria y enquistada en un ínfimo poder adquisitivo que la mantiene en las condiciones de miseria que ya es fatigoso reseñar, podrá convertirse en un factor dinámico para el crecimiento interno de las economías de nuestros países.

Por otra parte, es obvio que los países latinoamericanos no podrán proyectarse hacia una política de verdadero desarrollo mientras confíen su proceso económico a las posibilidades de la inversión extranjera o a la eventualidad de una política de inversiones nacionales privadas que crecen y se desenvuelven al socaire de esa inversión externa.

LAS INVERSIONES NORTEAMERICANAS EN AMERICA LATINA

En el XII Período de Sesiones de la Comisión, la Delegación Cubana propuso, y fue acordado, que CEPAL realizara una actualización del estudio de las inversiones extranjeras en la América Latina. Aquel acuerdo no se ha cumplido todavía. Sin embargo, en el análisis realizado por CEPAL que figura con el rubro E/CN.12/868 Ad. 2 de esta Conferencia, se aportan datos reveladores sobre las características actuales de las inversiones norteamericanas en nuestra zona. De una parte, se mantiene la preferencia de las inversiones norteamericanas hacia la América Latina, como fuente segura de su petróleo y de algunos minerales y como medio de aprovechar las falsas tasas de rentabilidad para una rápida recuperación de lo invertido, frente a las desagradables contingencias políticas a que el imperialismo norteamericano ha tenido que hacer frente en el decenio pasado. Es así como los datos reflejan que la mayor proporción de inversiones petroleras

de los Estados Unidos se hace en la América Latina, y que mientras en nuestro continente esa inversión se dedica sobre todo al proceso extractivo, en Europa las inversiones en petróleo van dirigidas hacia la refinación y la distribución.

No es extraña la preferencia, puesto que el 80% del saldo favorable entre lo que las filiales estadounidenses aportaron como capital al exterior y lo que extrajeron como utilidades se origina en el petróleo, y en el período entre 1960 y 1968 las empresas petroleras recuperaron el 73% de su capital invertido en el sector al comienzo del período.

Por otra parte, los mismos datos de inversiones petrolíferas confirman --si ello fuera necesario-- que la política inversionista de los monopolios no se origina en propósitos de desarrollo sino que está regida por las más lucrativas y brutales consideraciones de la tasa de ganancia, unida a la seguridad de la inversión. En busca de ambas, los monopolios norteamericanos se han desplazado en los últimos años hacia Asia y Africa, con preferencia a la "revuelta y guerrillera" América Latina, considerando además que la rentabilidad afro-asiática llegó a los niveles del 28% anual, superando con ello los actuales niveles de la rentabilidad del petróleo en Latinoamérica.

El estudio sirve para corroborar el cambio de orientación de las inversiones norteamericanas hacia América Latina, y su preferencia hacia la manufactura como nueva modalidad inversionista. Mientras la tasa media anual de inversión en manufacturas fue durante los últimos años del orden del 12.8%, la del petróleo se redujo al 2.0% y las de minería a un modesto 4.5%.

No han faltado en la América Latina interpretaciones que tiendan a darles a estos cambios en la orientación inversionista una interpretación favorable. Puesto que en los períodos de la política del "big stick" norteamericana el petróleo y la minería fueron, con las empresas bananeras de la "United Fruit", el símbolo de una inversión negativa, destinada a perpetuar la estructura monoprodutiva de nuestros países, se pretende presentar la ola de inversiones manufactureras yanquis en América Latina como un apoyo a la industrialización, es decir, al desarrollo.

El estudio de CEPAL es en sí mismo lo bastante exhaustivo y está, por otra parte, lleno de sutiles matizaciones. Pero, de todos modos, permi

te que nos aproximemos a la cuestión a partir de las propias alternativas que va presentando.

Las diversas causas que CEPAL asigna a esa preferencia acusada por las inversiones manufactureras --que en los últimos veinte años es creciente en la política de inversión de las empresas americanas-- son acertadas, y en particular cuando subraya lo que la competencia exportadora de Japón y la República Federal Alemana ha influido en esa tendencia. En la América Latina, sin embargo, había que añadir lo que ya fue visible respecto a Cuba desde la tercera década del siglo, es decir, que los intentos de protección de las industrias nacionales mediante barreras arancelarias incitan a los antiguos exportadores norteamericanos a conquistar el mercado desde dentro.

El problema a elucidar es, sin embargo, no tanto el del origen del fenómeno como el de su resultado previsible. América Latina tiene que preguntarse si para su desarrollo (dejando aparte los problemas de desnacionalización y descapitalización, que más tarde abordaremos) las corrientes fundamentales que orientan esas inversiones son útiles.

Y es aquí donde aparece con toda nitidez uno de los orígenes del proceso de acentuación de las distorsiones económicas a que nos referimos al examinar hasta qué punto podían ser considerados como avances en el desarrollo los crecimientos en la tasa del producto bruto de algunos países del área.

Los monopolios, sobre todo en su nueva política de conglomerados que tanto se estudia en los últimos años, deciden su inversión sobre la base: a) de la rentabilidad posible; b) de la seguridad económica que buscan a través de la diversificación de sus ramas inversionistas; y c) de una política multinacional que decide en última instancia tanto la cuantía de la inversión como la rama productiva de la misma. Si esos factores coinciden con el interés nacional de un país, será por puro azar. Para que la política de desarrollo de un determinado país provoque inversiones manufactureras ajustadas a sus requerimientos, tendrá que hacerlo a base de incentivos económicos y de seguridades políticas tales que pongan en peligro tanto la eficacia de su plan de desarrollo como la soberanía, si aquella existiere.

Más de una vez hemos recordado que los artífices iniciales del Mercado Común Latinoamericano señalaron como uno de sus peligros el de que

la protección a los productores domésticos --que no siempre son productores nacionales sino que a veces son monopolios inversionistas legalizados con etiqueta nacional-- convirtieran esas zonas de comercio más o menos libre, en un área propicia para la inversión de los consorcios extranjeros que, amparados en su superioridad tecnológica acrecida con la economía de escala a que el amplio mercado da lugar, barrera con sus competidores de los diversos países.

La experiencia más reciente de la América Latina confirma que aún sin el logro de un Mercado Común, es decir sin las franquicias aduanales ni la necesaria escala de ventas, la inversión manufacturera aprovecha los sectores de mayor rentabilidad para beneficiarse de esa primacía tecnológica. Invierten no en aquello que la América Latina necesita prioritariamente, sino en lo que se ajusta más a sus conveniencias globalmente examinadas. Y además, como lo señala incidentalmente el estudio de CEPAL, buena parte de esas inversiones exige importaciones de materias primas o componentes básicos, que elabora la empresa matriz en el centro metropolitano estadounidense. Con ello crece la tensión en el balance de pagos.

De este modo, las inversiones norteamericanas aumentan la producción y, limitadamente, el empleo. Pero aumentan también, en la mayor parte de los casos, la deformación estructural que nos mantiene retrasados.

Uno de los efectos fundamentales de esa nueva deformación a que contribuye la reciente ola de inversiones norteamericanas en América Latina es que ésta va dirigida principalmente a sustituir producción nacional, en el mejor de los casos, importaciones, sin que su presencia contribuya a generar nuevas exportaciones significativas.

No es necesario enfatizar que en todos los proyectos de desarrollo el tránsito de la exportación de productos primarios y semielaborados hacia las exportaciones de productos industriales figura con carácter prioritario. Los esfuerzos de los países subdesarrollados y en vías de desarrollo por asegurar en las sucesivas conferencias de UNCTAD y en otros foros internacionales el acceso de sus productos industriales a los mercados de los países desarrollados constituye uno de los puntos esenciales en la política de promoción internacional del desarrollo.

Se sabe, además, que para que esa tentativa tenga posibilidades de éxito, los países que se desarrollan deberán lograr, a través de la aplicación de

técnicas del más alto nivel internacional, la necesaria calidad competitiva para sus manufacturas.

Pues bien, el estudio que nos presenta CEPAL corrobora lo que diversos analistas destacan. Los monopolios norteamericanos, en la mayor parte de los casos, no implantan en la América Latina esas técnicas, sino que se limitan a producir aquello que puede --muchas veces con protección arancelaria adicional-- desplazar del mercado interno a los competidores más débiles o que va a suplir en los mercados internacionales producciones que al hacerse retrasadas o secundarias son abandonadas por las grandes empresas industriales.

CEPAL concreta esta tendencia en palabras muy ilustrativas:

"Si se consolidara lo que parece ser la tendencia de las firmas internacionales, a exportar desde los países menos desarrollados - los modelos parcialmente superados, destinados a los mercados - de reposición, o los productos nuevos más simples, o los componentes más simples de productos complejos, que se integran - en los países de origen, se tendrían que reconsiderar parcialmente los análisis que atribuyen a las empresas internacionales la función de promover el progreso tecnológico de los países." *)

Y añade:

"... si los países de América Latina pretenden alcanzar en determinados sectores niveles de excelencia que les permitan competir en el mercado mundial de manufacturas, la tecnología así adquirida será absolutamente insuficiente."

"... Las empresas internacionales... difícilmente pueden constituir la base de una industria que pretenda competir en el mercado de productos manufacturados de los países desarrollados." **)

Después de reseñar los defectos y de insinuar las graves implicaciones - que para la economía latinoamericana tiene la nueva tendencia inversio-

*) E/CN.12/868 Ad. 2. -

***) Documento citado. -

nista de los monopolios de Estados Unidos --que algunos pretenden presentar como un avance del viejo colonialismo hacia la colaboración para el desarrollo--, el estudio insinúa una posibilidad de resistencia por parte de los países de la América Latina que les permitiría a estos tratar de imponer a los inversionistas aquellos tipos de inversión y aquella selección de tecnología más adecuados a las necesidades y objetivos de la América Latina y conforme a sus planes de desarrollo. Esa posibilidad dimana, según el estudio, de que "es razonable esperar en los próximos años una intensificación de la competencia de las firmas estadounidenses, europeas y japonesas, por la conquista de los mercados respectivos y de terceros países. Una de las regiones en que se dará esa competencia será América Latina."

Esa competencia prevista tendría, según el informe, como resultado "el posible debilitamiento de la posición de las empresas, individualmente, en relación con los países en que ellas pretenden actuar", terminando la etapa en que estamos, caracterizada "por el hecho de que las empresas internacionales pueden permitirse escoger, con absoluta libertad, aquellos países que ofrecen las mayores franquicias." "... El fortalecimiento de la capacidad de negociación de los países obligaría a las empresas a tomar posición cada vez más flexible en lo que toca a las condiciones que les impongan los países o las agrupaciones regionales."

Ese criterio esperanzador envuelve una elusión e ignora, además, ciertos datos. La elusión consiste en dar de lado al hecho evidente de que en la casi totalidad de los países de la América Latina los vigentes mecanismos de poder no hacen posible la elaboración de una firme política nacional, dirigida a resistir la influencia de los monopolios extranjeros y subordinarlos a las necesidades históricas de nuestros países. Otro dato ignorado es el de que el adversario a vencer y dominar no es ya, ni siquiera, el antiguo monopolio de "los grandes mogules" *), ya de por sí tan poderosos como la "Standard Oil" y la "United Fruit" y aún lo bastante fuertes en sus ejemplos menos poderosos ("Procter and Gamble", "Swift", etc.), sino que ahora se trata de las versiones aumentadas a las monstruosas dimensiones de los más sofisticados consorcios, en los que Galbraith y tantos otros ven, a un tiempo, la última esperanza de supervi

*) "The Age of Moguls", Stewart H. Holdbrock. New York, 1953. -

vencia del gran capitalismo y el riesgo de su debacle. No es un secreto - que las inversiones norteamericanas en América Latina han ido asumiendo durante los últimos tiempos formas más refinadas y complejas de penetración que, por cierto, no se restringen sólo al sector manufacturero - sino también al puramente comercial interno. Detrás de las siglas sugestivas y a veces misteriosas de ADELA, DELTEC e IBEC se mueven, sin mucho secreto, algunos de los más poderosos intereses financieros mundiales y en particular norteamericanos. Basta recordar el caso de IBEC (International Basic Economic Corp), controlado por el grupo Rockefeller, que opera en América Latina bajo el nuevo signo de un conglomerado, en sectores tan disímiles como el alimentario, los inmuebles, la avicultura, la textil, etc. IBEC dispone en la actualidad de 52 "supermercados" en tres países latinoamericanos.

Es el poderío económico y la capacidad de moverse ahora en sus nuevas formas operacionales hacia ramas productivas las más diversas lo que, según el conocido y discutible análisis de Servan-Schreiber mencionado - por CEPAL, les ha permitido a los consorcios de Estados Unidos apoderarse "pacíficamente" del mercado europeo en muchas de sus más modernas y fundamentales ramas.

Si se quisiera medir la disposición de los grandes monopolios americanos a aceptar cualquier tipo de regulación que los países de la América Latina intentaren para canalizar las inversiones yanquis en un sentido favorable a sus economías, bastará el ejemplo recientísimo de lo que ha - ocurrido con el "Estatuto de Capitales" elaborado por los países del Pacto Andino. Como se sabe, tanto el grupo de Rockefeller como otros análogos han amenazado con cancelar todo proyecto de inversión en esos países, ante la nada objetable decisión adoptada por los gobiernos de los países del Pacto de impedir inversiones extranjeras en algunos sectores claves de la economía.

Por eso, para poder resistir la acometida de la ola inversionista manufacturera y ponerla al servicio de los intereses nacionales en América - Latina haría falta a sus países gobiernos firmemente enraizados en el - pueblo, con vocación nacional y con una política muy clara y sostenida - de desarrollo. Puesto que no existen en la casi totalidad de los países, la táctica que postula CEPAL no será aplicable sino en tanto que, por las vías políticas adecuadas, se logren los cambios que aseguren esas formas del nuevo poder popular que la situación latinoamericana está exigiendo.

Hay, sin embargo, otro aspecto en el terreno de las inversiones privadas que justifica todavía con más plenitud la tesis mantenida de manera sistemática por las delegaciones de Cuba en las conferencias internacionales al oponerse a que se considere la inversión privada extranjera como uno de los elementos del posible desarrollo de los países del Tercer Mundo.

Hemos dicho que el financiamiento externo es una condición casi inexorable de una política de desarrollo acelerado, pero el financiamiento externo manejado por un Estado nacional y encaminado a los fines del desarrollo es una cosa y el endeudamiento externo por las vías de la exacción económica que produce la extracción de utilidades por las empresas inversionistas es otra. Y aquí aparece el último de los rasgos que hace, a juicio de Cuba, totalmente indeseable la idea de utilizar la inversión privada extranjera, norteamericana, ni aún con el nuevo destino hacia la producción manufacturera con que se nos presenta.

EXPLOTACION SIN DESARROLLO

En sucesivas conferencias de CEPAL, las delegaciones de Cuba han insistido en el fenómeno de descapitalización creciente que la presencia del imperialismo norteamericano, en sus diversas manifestaciones, ocasiona para la América Latina.

Al examinar, ahora, del modo somero y específico que lo hace el documento que venimos citando, el resultado de las inversiones norteamericanas, se corrobora, con la fuerza irrecusable de los datos, esa posición de Cuba.

Lo que está ocurriendo en América Latina desde hace ya más de dos décadas es un flujo negativo de capital, con el cual Latinoamérica está financiando, tanto al través del comercio como con la remesa de utilidades de los inversionistas, a la economía norteamericana.

Cuando examinemos los modos en que la grave situación de comercio exterior de la América Latina repercute negativamente en sus posibilidades de desarrollo, será posible referirnos a los datos que en el aspecto comercial ilustran ese anormal financiamiento latinoamericano a los Estados Unidos. Lo que nos interesa ahora es mostrar cómo la circunstancia analizada por CEPAL de que el crecimiento de las inversiones norteamerica-

nas resulta inferior a su rentabilidad, opera como un sistema de explotación sin desarrollo. Se consigna que entre 1960 y 1968 la remesa de utilidades de las filiales de los monopolios imperialistas yanquis en el exterior superó en 10,000 millones a las cifras de sus aportes de capital hacia esos países. Pero lo más significativo es que el 67.6% de ese excedente, o sea 6,745 millones, procedió de la América Latina. Esto representa más del 80% de las inversiones norteamericanas que existían en la región hasta 1960. Y dice además que en este aspecto la América Latina ocupa el primer lugar entre todas las regiones del mundo saqueadas por los monopolios norteamericanos.

En este contexto, es interesante destacar una característica que se ha hecho significativa en el nuevo modus operandi de las inversiones imperialistas: la utilización de los fondos locales.

Todos los estudios teóricos del subdesarrollo apuntan, no sin razones, que una de las dificultades que encuentran nuestros países para realizar el tremendo programa de inversiones que constituye la única vía para el salto al desarrollo, radica no sólo en la escasez de ahorro local sino también en la carencia de un mercado de capitales que permita movilizar los recursos ahorrados. Sin embargo, en los últimos años se ha hecho notoria la capacidad de las empresas norteamericanas en el exterior para movilizar capital con fines de inversión. Ya hace algunos años, Harry Magdoff advertía el fenómeno y consignaba las cifras obtenidas del "U.S. Business Investment in Foreign Countries", publicado en 1960 por el Departamento Norteamericano de Comercio, según las cuales casi el 40% de las inversiones de activos de las empresas norteamericanas de inversión directa en el extranjero procedía de fuentes locales. Se preguntaba entonces el economista norteamericano "si este fenómeno consistente en emplear capital local es una característica predominante de las prácticas inversionistas en las naciones extranjeras más ricas". Y se respondía negativamente al observar que si bien el aporte del capital local era mayor en los países europeos (54%) en Latinoamérica llegaba al 31%, y la costumbre se extendía a "todas las regiones en que el capital norteamericano se invierte". *)

Los datos de Magdoff eran de 1957. Y el estudio de CEPAL se extiende hasta 1968, demostrando que para la América Latina ha llegado, entre 1960 a 1968, al 35% el aporte de los capitales latinoamericanos en empresas extranjeras, en relación con el gasto anual en instalaciones y equipos en el sector manufacturero.

*) Ensayo "Imperialismo sin Colonias", por Harry Magdoff. -

De este modo, a la reinversión de las utilidades obtenidas por la explotación de nuestros países se une la propia contribución nacional para determinar que el aporte de capitales que ingresa en la América Latina desde los Estados Unidos sea cada vez menor, sin que por ello pierdan los empresarios yanquis su control sobre las empresas manufactureras. Cuando se advierte, en esos mismos datos extraídos por CEPAL del "Survey of Current Bussines", la suma de lo que reinvierten por utilidades más lo que obtienen en el mercado local de dinero llega hasta el 67%, se entiende mejor por qué el flujo neto hacia los Estados Unidos desde esta zona pasó de los 6,000 millones.

Es así como el factor financiero se añade, con gravedad evidente, a toda la connotación negativa que para nuestro desarrollo tiene, según lo hemos visto, desde el ángulo de la estructura necesaria de las inversiones la nueva modalidad inversionista norteamericana.

LA TRAMPA DEL COMERCIO EXTERIOR

Las inversiones que entrañan importaciones de tecnología son inevitables. La teoría del desarrollo asigna una gran importancia al aumento de los intercambios entre los mismos países que se desarrollan. Y no yerra. Pero, aunque el incremento de los intercambios entre países que pugnan por desarrollarse les permitirá reducir su nivel de dependencia de los grandes centros desarrollados, no es en ese comercio mutuo donde podrán resolver los requerimientos de la tecnología moderna y eficiente que les permitirá un modo de industrialización capaz de producir mercancías competitivas en los mercados internacionales.

Todos estos caminos nos hacen regresar al financiamiento externo. Y para recibirlo y pagarlo, es necesario incrementar aceleradamente el ritmo de las exportaciones.

Es aquí donde la grave situación de la América Latina en el comercio internacional viene a añadirse a las dificultades ya conocidas y examinadas en los demás aspectos. En el Estudio Económico de América Latina para 1969, se reconocía:

"El hecho sobresaliente del comercio latinoamericano de mercancías en los últimos años es la gran reducción del excedente y su eliminación total en 1969, año en que aparece el primer déficit."

Evidentemente en esta evolución negativa jugó un papel determinante el régimen de relaciones de la región con los Estados Unidos.

La participación de los Estados Unidos en las exportaciones latinoamericanas bajó, como se sabe, de un 45.9% en 1950 a 30.2% en 1969. Europa Occidental ha sustituido a los Estados Unidos como receptora de nuestras exportaciones en 1969, al llegar a un 34.3%. Pero la dependencia de la América Latina respecto a las importaciones norteamericanas es aún demasiado grande y determina su comercio exterior. En 1969 las importaciones del área provenientes de Estados Unidos llegaron a los 4,800 millones. No es extraño, por ello, que el saldo comercial negativo fuera en 1965 de 200 millones, creciera hasta los 280 en 1966, pasara a los 310 en 1967 y diera en los años 1968 y 1969 un salto hasta las cifras de 690 y 860 millones, respectivamente, con lo que el desbalance se ha cuadruplicado en el curso de los cinco últimos años.

Hagamos ahora un breve recuento de la evolución del balance de pagos de la región.

Como es sabido, el balance de pagos latinoamericano fue negativo durante el período 1958-62 en alrededor de 2,780 millones. Este déficit se resolvió con financiamiento compensatorio: acumulación de pasivos a corto y mediano plazo, uso de reservas oro y divisas y, en cierta medida, créditos del FMI. Posteriormente, desde 1963, la situación fue mejorando, alcanzándose reiterados superávits en el balance de pagos (antes del financiamiento compensatorio). Esto redujo los pasivos, mejoró la posición de la región respecto al FMI y permitió una reconstitución de las reservas en oro y divisas. En 1969 el saldo del balance de pagos (antes de la compensación) fue positivo en 746.9 millones.

Pudiera demostrarse, sin embargo, que el mejoramiento ha sido más aparente que efectivo y tal vez más peligroso que confiable. En primer término, el progreso en la situación del balance de pagos sólo benefició a 11 entre 18 países analizados. Entre los 11 beneficiados, uno sólo (Brasil) absorbió las tres cuartas partes de la recuperación. En segundo término, la recuperación fue lograda en parte a base de recortar importaciones que fueron sacrificadas. Y en tercer término, sobre todo, debe anotarse que el grueso de la recuperación fue producto de una afluencia sostenida de capitales extranjeros.

Esta afluencia mejoró las reservas monetarias internacionales netas.

En 1969 la afluencia neta del llamado capital autónomo fue de 2,950 millones (que financiaron el déficit corriente de 2,200 millones).

Este proceso, sin embargo, no representa una solución, pues supone un mayor endeudamiento de los sectores no monetarios. De esta manera el incremento de los servicios al capital extranjero ha ido creciendo al extremo de que en 1968 representaba el 37.2% del valor de las exportaciones de bienes y servicios (contra el ya bien alto 31.4% de 1958-62).

Por otro lado, es sabido que la afluencia de estos recursos externos no mantiene su ritmo ni se acrecienta a la par con su propio servicio global (con lo que se llega a un punto en que su aporte será negativo). Además de ello, figura el hecho inevitable y notorio de que las nuevas inversiones extranjeras incitan a su vez nuevas importaciones. Y, también, la circunstancia de que los pagos por servicios de capital extranjero aumentan proporcionalmente más (7.9% en 1958-68) que las exportaciones (4.7% en 1958-68). El fenómeno se agrava debido a las perspectivas poco optimistas que cabe concebir para las exportaciones latinoamericanas, las cuales están constituidas prácticamente en un 93% por productos primarios.

El significado esencial de esas cifras no es posible disimularlo. En el comercio con otras áreas, la América Latina está encontrando los recursos exteriores para financiar sus déficits comerciales con los Estados Unidos y permitir además la salida de capitales que antes describiéramos.

Pero esa situación resultaría menos peligrosa si la América Latina tuviese buenas razones para confiar en que los incrementos de su comercio con otras áreas, y en particular con la Comunidad Económica Europea, iban a continuar. Las perspectivas son más bien inciertas.

Hemos visto los progresos del comercio latinoamericano con el Mercado Común, que absorbía sólo el 17% de las exportaciones hace diez años y casi duplica ese porcentaje en 1969. Este dato, unido al hecho de que hasta ahora entre los suministradores de la CEE la América Latina sólo tiene el 4.7% del mercado, nos llevaría a una consideración optimista de las posibilidades futuras si los mismos exámenes de CEPAL no arrojaran grandes dudas.

No se trata tan sólo de CEPAL. Cada uno de los estudios especializados sobre este tópico arroja idénticas prevenciones. En Junio de 1969 el simposio realizado por el Instituto Italo-Latinoamericano sobre América Latina, Italia y la Comunidad Económica Europea transparenta esas preocupa-

ciones. Y son precisamente muchos de los productos que envían hacia el Mercado Común aquellos países para los cuales la CEE tiene una importancia capital en su comercio exterior, pues absorbe del 25 al 40% de sus exportaciones (Argentina, Uruguay, Chile, Perú, etc.), los que empiezan a encontrar cada vez mayores resistencias en la competencia intra-CEE ó en los países asociados de Africa y del Mediterráneo.

Es así como las carnes, los alimentos animales, los cueros y pieles, el maíz, el azúcar, los bananos, el café y el cacao, no es ya sólo la competencia que surge, como en estos tres últimos productos, de los países subdesarrollados del Africa, sino la que se origina del aumento del comercio entre los propios países de la Comunidad y de los planes de expansión agrícola del grupo desarrollado que constituyen la llamada política agrícola comunitaria. Conserva toda su validez la advertencia de CEPAL de que: "de no procederse en el futuro cercano a una revisión y reorientación sustancial de la política agrícola común, sobre todo con miras a atenuar en lo posible su carácter proteccionista, reduciendo a niveles más racionales los precios de garantía y por consiguiente las restricciones a la importación, la producción de excedentes y la exportación subsidiada de estos, lo más probable es que la agricultura comunitaria tenga una evolución similar a la que ha tenido la de Estados Unidos en el curso de los últimos treinta y cinco años, también bajo un régimen fuertemente proteccionista, similar en muchas de sus características básicas al aplicado actualmente por la Comunidad Económica Europea."

Hemos de referirnos después a las proposiciones de CEPAL sobre la necesidad de que América Latina asuma un nuevo enfoque y estudie nuevas modalidades para la cooperación posible con la CEE. Ahora, basta dejar expuesto que tampoco en ese centro decisivo del comercio mundial se encuentra una alternativa adecuada para las contingencias críticas de las exportaciones latinoamericanas.

Por eso se hace aún más inaceptable para la América Latina la actitud del país desarrollado que constituye el centro de su zona geográfica respecto al comercio norte-sur. Si se revisan los acontecimientos de los últimos años, no se trata ya tan sólo de posiciones tan insólitas como la del "Comptroller General" de los Estados Unidos, pidiendo que las diferencias de precios entre los mercados marginales que como el del azúcar asumen el nombre impropio de "mercado mundial" y el que reciben los exportadores de la América Latina en el mercado de los Estados Unidos, sean contabilizados como una "ayuda" y tratados como tal. Todos los movimientos proteccionistas frente a los cuales América Latina se ha pro-

nunciado muy recientemente, muestran el desprecio con que el Gobierno y el Congreso norteamericanos han recibido el dramático pronunciamiento de Viña del Mar. No es extraño, por ello, que las nuevas promesas emitidas por el Secretario de Estado Mr. Rogers en el fórum de la periclitada y mal llamada Organización de Estados Americanos hayan sido soslayados con ironía por los representantes de la América Latina, a quienes escuece ya el reiterado ciclo de incumplimientos de promesas-incumplimientos-promesas que comenzara con la extinta "Alianza para el Progreso". En ese sentido, la palabra oficial norteamericana tiene el mismo descrédito mundial que su vocabulario de "paz" y "retirada" en Viet-Nam, emitido mientras realizan desesperados e inútiles esfuerzos militares para forzar a los heroicos vietnamitas, laotinos y camboyanos a aceptar -- sus condiciones.

COMO ES POSIBLE EL DESARROLLO

El pronóstico que algunos podrían derivar del examen que hasta ahora hemos realizado les resultaría tal vez sombrío y desesperanzador. No es esa, sin embargo, la posición de Cuba.

Para Cuba se trata tan sólo de reafirmar los criterios que fueron expuestos por el Gobierno Revolucionario de nuestro país al responder a las declaraciones del Señor Secretario General, U Thant, en relación con algunas de las perspectivas que se venían insinuando como objetivos para el Segundo Decenio para el Desarrollo.

En aquella oportunidad, la nota del Gobierno decía:

"... los países en desarrollo, y en particular aquellos que como Cuba están empeñados en lograr el desarrollo con la aceleración que su pueblo exige y merece, tienen el deber de postular ante el foro de Naciones Unidas las únicas soluciones válidas, aunque las mismas choquen con el interés y la política de algunos de los gobiernos representados en la ONU."

"... el Gobierno Revolucionario de Cuba entiende que en los documentos para el Segundo Decenio para el Desarrollo debe consignarse de modo categórico que los países en los cuales continúa la mayor parte de la tierra en manos de un pequeño número de latifundistas y/o compañías extranjeras, en que los recursos fundamentales del país en materia industrial, de energía, estén monopolizados por compañías extranjeras o nacionales y los ingresos de los campesinos, obreros agrícolas y trabajadores urbanos se mantengan en los actuales niveles de miseria, no será posible el desarrollo."

"Dada la estructura social y las tradiciones políticas vigentes en la mayor parte de los países en desarrollo del mundo, es evidente que los gobiernos de estos representan a las oligarquías que se benefician del subdesarrollo y que actúan como cómplices, intermediarios o agentes de los países y monopolios extranjeros explotadores. No cabe esperar, pues, que la acción de tales gobiernos vaya encaminada a modificar radicalmente las estructuras en las que tienen su origen y que los mantienen."

"De ahí que el Gobierno Revolucionario de Cuba proponga que de algún modo se consigne que si los gobiernos de los países subdesarrollados no resultaren capaces de acometer las transformaciones necesarias, la única salida que quedará a los pueblos es la de los cambios revolucionarios."

LOS CAMBIOS REVOLUCIONARIOS SON UN PRERREQUISITO

Y, en efecto, no hay para los pueblos que se desarrollan, no hay, en particular, para la América Latina, una vía que no se inicie inexorablemente con las grandes transformaciones estructurales, entendidas en el sentido económico-social a que hemos hecho referencia al comienzo de este documento. Eso significa, ni más ni menos --ha de confesarlo paladinamente nuestra Delegación-- considerar los cambios revolucionarios como un prerrequisito. La dimensión inicial de estos cambios viene dada por las experiencias que han vivido los países de la América Latina en sus etapas más recientes; pero viene también de experiencias latinoamericanas aún menos próximas. Cuba, bien se sabe, proclama el socialismo no sólo como la mejor opción latinoamericana sino también como la única; sin embargo, el proceso inicial del desarrollo, siendo revolucionario, no ha de ser forzosamente socialista. Perú y Chile, con distinta profundidad y con diverso enfoque político en los gobiernos de ambos pueblos, han mostrado la posibilidad de iniciar esas transformaciones por caminos distintos, aunque más lentos, de los que Cuba emprendió definitivamente en la segunda mitad de 1960 y que estaba ya implícito en la más radical Reforma Agraria latinoamericana, impulsada bajo la dirección de Fidel Castro en Mayo de 1959.

Esa intención revolucionaria llevada a la práctica al iniciar los cambios de estructura, garantiza a la vez la instalación y el fortalecimiento de un poder popular, el único capaz de llevar adelante en las condiciones contemporáneas el desarrollo de los antiguos pueblos expoliados. Porque ningún Gobierno integrado por los representantes de la indecisa o sometida burguesía latinoamericana --para no referirnos a aquellos otros, civiles o militares, que son la expresión de la oligarquía y del imperialismo-- intentaría hoy esos cambios substanciales que lo obligarían a depender, para la gran batalla que ellos implican, del apoyo popular.

Realizar la Reforma Agraria profunda --la que hemos llamado en otras ocasiones verdadera-- , eliminar mediante la nacionalización los enclaves

que el imperialismo tiene en la riqueza básica de nuestros países; pasar, asimismo, al dominio estatal aquellos sectores fundamentales para el manejo de la economía, tales son los inevitables cambios estructurales. Y el instrumento para impulsarlos, organizarlos y llevarlos a la práctica --sobre los hombros y con los brazos de los obreros, los campesinos y las clases medias de nuestros países fundamentalmente-- no puede ser sino un Gobierno auténticamente popular, vinculado al pueblo de un modo orgánico, permanente y definitivo.

Cuando Cuba ha abogado, como teoría del proceso revolucionario de desarrollo, por la lucha armada como la forma fundamental que asumirá el acceso al poder de un Gobierno semejante, ha tenido en cuenta, sobre todo, lo que nuestro pueblo consignó en la Primera y Segunda Declaraciones de La Habana; es decir, que en la mayor parte de los países de la América Latina los modos opresivos de Gobierno --militares, pero también civiles-- y el apoyo que reciben de Washington, no permite intentar con esperanza --otros caminos. Sin embargo --lo patentizó antes de las elecciones de Chile el Cmdte. Fidel Castro-- Cuba jamás les negó la posibilidad que allí --donde se dieran las condiciones singulares de Chile, sería posible el acceso de un Gobierno revolucionario al mando político por los caminos electorales. Ni discute hoy las posibilidades que un Gobierno afincado en posiciones nacionalistas, vinculado cada vez más con los sectores populares, -- abre para el desarrollo del Perú.

Los cambios económico-sociales en la estructura, su transformación revolucionaria, constituyen, sin embargo, la condición necesaria del desarrollo, pero no son su condición suficiente. Lo inician, pero no lo garantizan.

La inmensa cantidad de documentos, monografías analíticas y debates en torno al desarrollo no hacen más que acentuar las complejidades que implica y los enormes esfuerzos humanos que exige. Siglos de dominación, de saqueo, de deformaciones, no pueden ser resueltos con formulas sacramentales.

Si la posibilidad revolucionaria de rescatar la riqueza nacional, poner en manos del Estado los sectores claves de la economía, desarrollar una Reforma Agraria verdadera y alterar, mediante todos esos cambios, la estructura del ingreso, empezando a corregir las enormes desigualdades, -- constituye una tarea gigantesca que entraña --como en el caso de Cuba-- el sacrificio voluntario de miles de combatientes y de mártires, la tarea -- que hay que realizar después es todavía más larga y difícil, y no son menores los sacrificios que impone al pueblo, aunque sean a veces de naturaleza muy distinta.

Pero esa tarea gigantesca puede realizarse. La están acometiendo ya pueblos del Tercer Mundo, y el de Cuba se enorgullece de formar entre ellos.

En la consideración de la estrategia del Segundo Decenio, hay que partir, con realismo, de esas premisas dramáticas.

Hemos enumerado los prerrequisitos del desarrollo, y debemos examinar, sumariamente, el ineludible programa que los acompaña y debe sucederlos.

LOS ELEMENTOS SOCIALES BASICOS: EDUCACION, SALUD PUBLICA

Al proponerse los objetivos de desarrollo, algunos economistas eminentes --como lo destacó hace años el Primer Ministro de Cuba, Cmdte. Fidel Castro-- concentran su atención en los elementos económicos, pero olvidan los educacionales. Cada vez es mayor la conciencia de que todo desarrollo tiene dos aspectos indisolubles: el económico y el social. Las recomendaciones formuladas en torno al Segundo Decenio por el Comité de Desarrollo Social de Naciones Unidas son una muestra importante de ello. Y también el hecho de que la Asamblea General haya propuesto que las comisiones regionales se denominen en lo adelante no sólo "económicas" sino también "sociales".

La enumeración de los datos sobre la educación en el continente que figuran en los documentos elaborados para esa sesión, nos pone al tanto de que todo esfuerzo por desarrollar los países de la América Latina tendrá que comenzar por una extraordinaria campaña educacional. Ni siquiera los países que han logrado mayores índices de crecimiento económico en el período anterior están libres de esa actividad, pues precisamente algunos de ellos muestran los porcentajes de analfabetismo mayores de toda la región, y en particular revelan un abrumador analfabetismo en las zonas rurales. Pero no hay país en América Latina que esté libre de las exigencias de una reforma educacional y de la extensión más allá de los grados primarios de la preparación técnica y científica que el desarrollo contemporáneo hace ineludibles. Ni siquiera aquellos que tienen un índice relativamente menor de población analfabeta.

La transferencia tecnológica no puede hacerse sin la preparación tecnológica de obreros y campesinos, sin la formación de proporciones cada vez mayores de técnicos de nivel medio, sin el número siquiera mínimo de

ingenieros capaces de manejar esa tecnología, y sin una base científica - que disminuya progresivamente la distancia de niveles con los centros internacionales y reduzca, así, la dependencia de nuestros países.

Lo que caracteriza en ese sentido hoy a la América Latina es la penuria de formación técnico-científica en todos los estratos que ésta implica, y además el robo sistemático de técnicos y científicos preparados con los esfuerzos latinoamericanos por parte de países de mayor desarrollo, y en particular de los Estados Unidos.

Cuba, que tuvo que alfabetizar, mediante el entusiasmo y la abnegación de millares de sus jóvenes estudiantes, a más de un millón de analfabetos en el año 1961, para reducir el analfabetismo a cifras colindantes con el 3% , y que en estos diez años ha llevado a 400,000 adultos --entre ellos una parte considerable de antiguos analfabetos-- hasta la educación secundaria, sabe bien el esfuerzo inversionista y constructivo que supone, como base técnico-material de la enseñanza para todos, una educación del pueblo que nos acerque a los requisitos mínimos del desarrollo.

En 1958 había en las aulas de educación primaria de nuestro país menos de 700,000 niños. Las cifras para 1970 ascendieron a 1'500,000 inscritos en la enseñanza primaria. La formación acelerada de maestros, la construcción a ritmo creciente de edificaciones escolares, el aporte de medios audiovisuales compatibles con la pedagogía más moderna, está en la base de esos cambios y supone un costo económico y social elevadísimo, sin que el problema de llevar la escuela a toda la niñez lo consideremos plenamente resuelto.

Pero si se lo quiere resolver --y en ese camino estamos--, no bastará con edificar escuelas, formar maestros, acumular medios pedagógicos. El retraso que ha dejado en nuestros países la explotación imperialista hace -- que resulte imposible de inmediato disponer en las zonas rurales las condiciones mínimas para una enseñanza adecuada. La dispersión de las poblaciones campesinas, que aún en países poco accidentados geográficamente, como Cuba, es considerable, impide situar las escuelas en la cercanía de cada núcleo y fuerza a sustituir esa necesidad irrealizable por la creación de internados escolares en los que el niño --que proviene, además, de los sectores de menores ingresos, que en algunos casos colindan con la verdadera miseria o la sufren-- reciba no sólo la enseñanza sino también el albergue, la manutención y la ropa. Como se sabe, en nuestro país ha existido desde los comienzos de la Revolución un amplio sistema de becas de ese carácter, en el cual están hoy beneficiados 211,557 niños.

No serán, sin duda, menores los esfuerzos sociales y económicos en lo que respecta a la educación secundaria y superior, cuyo retraso comparativo - en la América Latina, sobre los mínimos de los países desarrollados del mundo, es todavía más acusado.

Se trata de corregir los efectos pocas veces popularizados, porque su impacto es menos emocional, de uno de los crímenes más graves del que el colonialismo y el neocolonialismo son culpables. Porque si en su historia - figura la extinción despiadada y brutal de los primitivos pobladores, de los esclavos negros arrebatados a su África nativa, de millones de campesinos y obreros, no es menor su responsabilidad por haber dejado en nuestras tierras el saldo de ignorancia y de retraso que hoy nos pone tan lejos de las metas técnico-científicas que han hecho posible el inicio de las actividades interespaciales del hombre.

Un segundo aspecto, casi tan esencial a los esfuerzos del desarrollo como el educativo, es el de la salud pública.

Es ya tarde para descubrir lo que todos los asistentes a este XIV Período de Sesiones conocen muy bien: las cifras de mortalidad y morbilidad de la América Latina en su conjunto y de casi todos sus países individualmente son --y no hay otra palabra-- sobrecogedoras. Con poblaciones desnutridas, víctimas de epidemias que se han hecho endémicas, Latinoamérica no podrá avanzar. Y el esfuerzo por situar a nuestros países a niveles internacionales compatibles con la agobiadora actividad que supone el desarrollarnos, no puede estar fiado a una iniciativa privada orientada hacia el lucro, sino que tendrá que ser realizado a cuenta de las finanzas estatales.

En esto también Cuba puede contribuir con su experiencia, puesto que en los últimos diez años la Revolución Cubana elevó el número de camas disponibles para enfermos a 41,670 en 1970; construyó 47 nuevos hospitales rurales y creó 52 puestos de salubridad rural, que llevaron por primera vez médico, medicina e instrumental adecuados a zonas en las cuales muchas veces había que transportar durante varias jornadas al enfermo a hombros de sus familiares y convecinos antes de que pudiera recibir asistencia médica, casi siempre demasiado tardía. En ese período, hemos tenido que formar 5,607 nuevos médicos, para lo cual ha sido necesario que a la tradicional Escuela de Medicina centralizada en la Habana se unieran las nuevas de la Universidad de Oriente y Central, con las instalaciones adecuadas.

Educación pública y salud son a la vez parte del desarrollo y elementos condicionantes del mismo.

LA INFRAESTRUCTURA FISICA

Lo mismo ocurre en todo aquello que puede ser considerado como infraestructura: caminos y carreteras, ferrocarriles, plantas de generación eléctrica, comunicaciones, etc.

En las inversiones más recientes de Cuba, todas estas bases sin las cuales ni la agricultura ni la industria pueden progresar a los ritmos adecuados, han determinado una cuantiosa inversión. Si en toda la historia de Cuba se habían construido 10,104 kilómetros de caminos, de ellos 4,700 pavimentados, en la década hasta 1969, y en particular entre 1965 y 1969, la Revolución ha construido más de 6,000 kilómetros de caminos, de ellos 2,000 pavimentados. El sistema eléctrico nacional (sin incluir el sector azucarero ni la generación directa en fábricas) pasó de una producción de 1,800 millones de KWH a 3,700 millones de KWH. La construcción de presas con destino a acueductos y riego fue prácticamente iniciada por la Revolución misma, puesto que en 1959, al iniciarse el período revolucionario, sólo había en el país 28'000,000 de m.³ embalsados, para todos los usos, mientras que al terminar 1970 los embalses tenían capacidad superior a los 1,700 millones, al mismo tiempo que continuaba la construcción para otros 2,500 millones adicionales.

Los integrantes de la Comisión, no desconocen, desde luego, la ineludible, forzosa, realización de todos estos que pueden considerarse como antecedentes y parte del desarrollo de nuestros países. Si los enumeramos y enfatizamos es porque, así, se expresa mejor el problema fundamental, desde el ángulo económico, que entraña cualquier proyecto verdadero de desarrollar nuestros países: el financiamiento.

EL FINANCIAMIENTO

Cuando se comprende que desarrollarse no es sólo invertir en las actividades directamente productivas, agrícolas o industriales, sino que también las inversiones para gastos sociales imprescindibles y para toda la infraestructura productiva, sustrae enormes recursos financieros, aparece con mayor claridad la naturaleza y dimensiones del financiamiento exigido.

El estudio de la Comisión calcula, aún sin tomar en cuenta aspectos sociales como los que hemos consignado, que, sólo para los 18 países estudiados, el

monto de las inversiones brutas, que actualmente es de unos 22,000 millones de dólares anuales, debería elevarse hacia 1975 a más de 40,000 y a 57,000 millones de dólares en 1980, si se pretendiera lograr una tasa de crecimiento anual del 7% en el próximo decenio.

La Comisión reconoce que el hecho de que el 5% de los ciudadanos de la América Latina --que constituyen la oligarquía nativa-- acumule la mayor parte del ingreso nacional, representa una posibilidad potencial de utilizar las partes no usadas hoy para esos fines de esos cuantiosos ingresos en inversiones nacionales. Esa "potencialidad" existe, puesto que, bien se sabe, la proporción del Producto empleado en inversiones cuando se eliminan las distorsiones en los precios no pasa, según se admite en el estudio, del 12% anual. La otra parte la destinan los privilegiados de Latinoamérica a gastos conspicuos en artículos de lujo importados, que agravan la situación financiera externa, o a dilapidarlos en rumbosas excursiones turísticas al extranjero. Se sabe, además, que en los últimos años es creciente el flujo de capitales de Latinoamérica hacia los centros europeos o norteamericanos, en busca del alto interés bancario que allí logran los fondos o como medida precautoria ante los posibles cambios revolucionarios, con lo cual los explotadores nativos quieren asegurar su futuro invirtiendo en empresas de Estados Unidos y Europa Occidental.

En la estrategia que se nos propone no hay para esta situación --intolerable, tanto en lo económico como en lo social-- más que paliativos sustentados en reformas fiscales más o menos audaces. Comprendemos que una Comisión Regional no pueda pasar de esas formulaciones técnicas. Por su parte, la Delegación de Cuba lo ha formulado ya con entera claridad: la única solución eficaz en lo económico y justa en lo social, es practicar para toda la oligarquía aquella "eutanasia" económica que Keynes recomendó alguna vez para --los rentistas ociosos. La desaparición revolucionaria de estos ociosos e improductivos oligarcas, en tanto que clase social, es la única alternativa disponible.

Sin embargo, esa política de reforma social profunda va a reducir, querámoslo o no, el margen disponible de ingresos para la inversión. Si en toda sociedad organizada bajo los términos de la propiedad privada sobre los medios productivos hay siempre un excedente en el ingreso de los sectores dominantes, más allá de lo que podría considerarse un gasto personal fastuoso, la redistribución de este excedente se hace más fácil en la medida en que las desigualdades sociales y el desempleo son menores. En Suecia más que en Japón o en los propios Estados Unidos, si el fenómeno se toma relativamente.

Pero en los países subdesarrollados no será posible la captación total de los ingresos ociosos de la minoría dominante para los fines inversionistas. Es tanta la miseria acumulada, que una parte de esos ingresos tendrán que ser redistribuidos entre la gran masa de los sectores asalariados con pa--gos miserables o de las poblaciones enteramente marginadas de la producción. Ese es el caso de la América Latina, y la Comisión lo reconoce en todo su enfoque. Además, coincidimos técnicamente con el juicio expresado en el documento sobre la Estrategia del Desarrollo Latinoamericano (Página 39) según el cual:

"una política de redistribución del ingreso que se traduzca en el acrecentamiento del consumo global, público y privado, puede debilitar el ritmo ulterior del crecimiento económico y provocar graves presiones inflacionarias, si no se ha atendido adecuadamente a la formación de capacidad de producción o no se han corregido los factores estructurales que limitan la producción en determinadas actividades..."

Pero como el riesgo de las presiones inflacionarias puede ser resuelto por otras vías, y como no es posible otro rumbo para el desarrollo que el de incorporar a ese compromiso histórico a la mayoría popular, y ésta no podrá incorporarse sobre la base de la miseria y abandono que ahora padece, la disyuntiva entre el "crecimiento" al disminuir el ingreso dirigido hacia la inversión o acelerar la posibilidad de desarrollo mejorando el nivel de las masas, mediante la redistribución de ese ingreso, no puede ser resuelta más que de la última manera. Y el déficit que se produzca en las inversiones habrá que cubrirlo con financiamiento exterior.

La adopción de esta tesis implicaría un déficit potencial de ahorro para inversiones aún mayor que el calculado por CEPAL y que para 1975 había si do estimado en más de 10,000 millones de dólares.

¿Cómo hacerle frente a ese requerimiento que podría parecer fabuloso, si se considera que el financiamiento exterior para la América Latina no ha pasado en los últimos años de un monto anual superior a los 2,000 millones de dólares?

En los últimos años se ha discutido en términos políticos el problema de la medida en que los países que quieren desarrollarse pueden o no depender para ese desarrollo de sus propias fuerzas. Cuba ha expresado categóricamente su opinión. Sin depender de las propias fuerzas, sin tener en los gobernantes, y sobre todo en el pueblo, la disposición de sacrificio necesaria para llevar adelante esas tareas del desarrollo que hemos llama-

do gigantescas, no habrá tal desarrollo. El esfuerzo propio es no sólo lo fundamental, sino también imprescindible. Pero, por otra parte, las cifras manejadas para la América Latina y las que podrían surgir de cualquier análisis de otras zonas del Tercer Mundo, muestran que la mayoría de los países, sobre todo aquellos que no están dotados de los recursos naturales necesarios para la producción de la técnica moderna, tendrán que recibir como complemento de ese esfuerzo propio una colaboración exterior cuantiosa.

COLABORACION FINANCIERA PARA EL DESARROLLO

Hablamos de "colaboración". Y, al hacerlo, no se nos oculta que todo cuanto hemos venido aseverando a lo largo de este documento sobre la política financiera que han padecido hasta hoy los países a los que se les ha impedido el desarrollo haría parecer ilusorio el empleo de esa palabra.

Y, en efecto, aunque, según veremos enseguida, hay factores internacionales que coadyuvan a convertir las exacciones financieras de hoy en colaboración, estamos seguros de que la América Latina y los países de otras áreas del subdesarrollo no podrán tener éxito en lograrlo sino mediante una lucha sostenida y firme en todo el escenario mundial.

Cuba no necesita insistir en este documento respecto a sus criterios sobre la política de los organismos financieros internacionales. En cada una de las conferencias (UNCTAD, FAO, ONUDI, CEPAL) nuestras delegaciones han denunciado los métodos de financiamiento --entecos en su cuantía, caros por su tasa de interés y onerosos en los plazos de pagos-- que caracterizan los préstamos corrientes del Banco llamado ilusoriamente "de Reconstrucción y Desarrollo". En cuanto al BID, sus propias autoridades latinoamericanas se han encargado de admitir su ineficacia en términos de la necesidad continental.

Por eso, en la ya mencionada respuesta al Señor Secretario General de la ONU, el Gobierno de Cuba planteaba la necesidad de que en el Segundo Decenio el financiamiento internacional del desarrollo se realizara "sobre la base de organismos totalmente alejados de los criterios de la banca comercial, con interés mínimo y largos plazos".

Ha dicho Cuba en algunos de los foros internacionales mencionados que una parte de los países que figuran hoy entre los más desarrollados, en el sentido económico, del mundo, tienen hacia nuestras áreas en subdesarro

llo una deuda histórica. Porque parte considerable --en algunos casos la mayor parte-- de sus riquezas actuales se originó en el saqueo de las - nuestras y en la explotación de nuestros pueblos. De manera que la lu-- cha internacional que es necesario realizar para lograr ese tipo de finan-- ciamiento no significa, para los países en nuestra condición subalterna, - una humillante solicitud de dádivas, sino la exigencia de una restitución- histórica a la cual tenemos derecho. En el caso de la América Latina, - para que la parte que tiene que jugar en esa lucha sea válida, se necesi-- tará una transformación política, a la que habremos de referirnos en otra parte de este documento.

Esa batalla, sin embargo, no es una pelea en que los países que quieren desarrollarse estén solos. De una parte, no podría decirse que todos los antiguos beneficiarios de la colonización tienen ahora idéntica actitud a la que hemos señalado respecto a los grandes monopolios que representan... hoy al imperialismo estadounidense. De la otra, hay dos factores adicio-- nales e importantísimos que entran en juego: los países socialistas y - aquellos países que, aún sin haber abandonado el capitalismo, no tuvieron antes una política colonial.

La actitud de los países socialistas hacia aquellos que luchan por vencer el subdesarrollo, es bien clara y conocida. Su disposición de ayuda, tanto - por la vía del comercio internacional como por la del financiamiento, ha - tenido demostraciones prácticas y quedó sustanciada en la actitud que esos países asumieron en la primera y segunda UNCTAD.

Hay países subdesarrollados para los cuales algún aspecto concreto en el modo con que éste o aquél país del área socialista pone en práctica esa - posición política, le parece controvertible. Pero la diferencia en el conte-- nido de esa política, globalmente considerada, con respecto a la que apli-- can los grandes países desarrollados de la zona capitalista --con las ex-- cepciones que consignaremos-- no necesita ser demostrada. Cabría pre-- cisar que no todos los países socialistas tienen el mismo peso económico ni igual posibilidad de contribuir al impulso de desarrollo de nuestras zo-- nas. Muchos de ellos acaban de vencer --aún en el centro de Europa-- - las huellas de un retraso que, sin tener las mismas raíces del nuestro, - mostraba signos muy similares. Y el más poderoso de todos, la Unión So-- viética, después de derrotar el asedio de catorce potencias extranjeras - que pretendían ahogar el socialismo en su origen, afrontó, con el heroísmo insuperable de su pueblo, la carga de liberar al mundo de la brutalidad - hitleriana, lo que le costó no sólo la muerte de decenas de millones de - sus ciudadanos, sino pérdidas materiales inmensas y un retraso en su pro--

pio desenvolvimiento económico que --como prueba de la solidez de la sociedad socialista-- pudo vencer y superar en muy poco tiempo para situarse, al cabo de sólo dos décadas, en el segundo lugar entre las potencias económicas del mundo.

Cuba ha proclamado en el mismo foro de CEPAL que si bien los países socialistas tienen hacia los pueblos subdesarrollados un deber moral que dimana de la propia naturaleza y objetivos de su sistema social --deber-- que, según acabamos de recordar, no han sido remisos en admitir--, no tienen en cambio ninguna responsabilidad histórica que los obligue, como ocurre a las viejas potencias y a los nuevos imperios neocoloniales, a devolver riquezas expoliadas a los pueblos subdesarrollados. Por eso, tampoco podría exigírseles que fueran más allá de sus posibilidades en una colaboración internacional para la cual se han declarado dispuestos, sin que se reclame que los verdaderos responsables de que existan países con siglos de retraso compartan esa responsabilidad. Estamos seguros, sin embargo, de que con una política adecuada de nuestra parte la América Latina y las demás zonas del Tercer Mundo contarán con la alianza de esos países socialistas en los necesarios combates.

Existe, además, otro sector de países ya desarrollados sobre los que no pesa tampoco el gravamen de haber participado en la colonización ni de caracterizarse por emplear sus recursos en las formas habituales de la inversión imperialista. Nos referimos a países como los escandinavos y el Canadá.

La experiencia de los últimos años demuestra que los países de Escandinavia, con Suecia como principal protagonista, han aprendido a reconocer "las señales de los tiempos". Ensayan formas de colaboración comercial y financiera en las que no está ausente la inevitable búsqueda de ganancias que marca toda empresa capitalista; pero que viene matizada por una comprensión de los problemas del subdesarrollo y un intento de reducir la desigualdad en el comercio, implícita en las formas de intercambios entre países industrializados y países retrasados. Fomentan, además, intensos programas de colaboración al desarrollo, en los cuales no aparece la discriminación política que hace de similares "colaboraciones" norteamericanas un aspecto más del chantaje y la compra de adhesiones internacionales a expensas de la soberanía de los supuestos beneficiarios.

Sin que se pueda repetir en cuanto a Canadá cada una de las características que describen la política económica de los países escandinavos, la suya muestra, sin embargo, rasgos que la aproximan a aquélla y que la dife-

rencian enteramente de las grandes potencias imperialistas y, desde luego, de la que ha convertido a Estados Unidos en el enemigo común de los pueblos.

Por ello, si la estrategia económica de la América Latina implica una estrategia política y ésta debe comenzar por una batalla en el terreno de los financiamientos internacionales los países latinoamericanos, al elaborarla, deben saber dónde están sus amigos y aliados y cuál es su principal enemigo.

Y esa claridad necesaria, abarca también los problemas del comercio mundial.

DESARROLLO Y COMERCIO INTERNACIONAL

El financiamiento exterior, lo hemos reiterado, es indispensable; pero su cuantía estará dada por la capacidad de la América Latina para aumentar, año tras año, sus exportaciones y por cambiar la estructura de éstas, resolviendo a la vez los problemas de precio y condiciones de comercialización que lo afectan.

Con toda razón, el estudio de CEPAL sobre la estrategia habla del "estrangulamiento exterior de las economías latinoamericanas y sus efectos sobre el insuficiente dinamismo y la vulnerabilidad del proceso de desarrollo". Y explica que, pese a ciertos aumentos en algunos países --que, por nuestra parte, consideramos coyunturales-- no impiden que "el estrangulamiento exterior esté lejos de atenuarse".

Al describir la situación, CEPAL asegura que: "ha faltado en América Latina una política comercial exterior activa que respondiera a una concepción definida del desarrollo latinoamericano". Por nuestra parte, diríamos que lo que ha faltado es una política de desarrollo latinoamericano para el conjunto de los países y que esa falta se deriva de que gobiernan en casi todos ellos los representantes de los grupos oligárquicos que hasta ahora se han beneficiado precisamente con el subdesarrollo de sus propios países. Y cuando arriba el momento histórico de que ese beneficio se hace cada vez más reducido, porque el retraso afecta sus propios intereses, no están esas oligarquías en capacidad de dirigir la lucha por una nueva política.

En alguna parte del propio informe, se habla de "la falta de políticas nacionales de inversión extranjera que, entre otras consecuencias, está dan

do lugar al proceso de extranjerización y debilitamiento de las empresas nacionales...". No se trata de una falta de políticas nacionales, sino precisamente de una política entreguista, continuamente aplicada por minorías dominantes, el interés de las cuales es contradictorio con el interés de la nación. De aquí la conclusión objetiva de CEPAL:

"Ha sido manifiesta la debilidad de la acción internacional de América Latina para evitar o condicionar una evolución de decisiones que han perjudicado sus intereses de manera creciente..."

Es preciso, pues, pasar a una defensa cada vez más activa de los intereses de la América Latina en lo que concierne al comercio internacional.

En ese sentido, Cuba apenas tiene que ratificar lo que expresó en la tantas veces mencionada nota del Gobierno Revolucionario al Señor UThant:

"El problema de la comercialización de los productos de los países en desarrollo constituye, a juicio del Gobierno Revolucionario de Cuba, uno de los elementos decisivos para el cambio que se propone. Los estudios realizados en el documento E/AC.54/L.29/Rev. 1, al referirse en su párrafo E al cálculo de las perspectivas de exportación, reconocen que en las circunstancias imperantes y aún con algunas modificaciones de las que se proponen en los documentos del Segundo Decenio, la proporción de las exportaciones con el producto interno bruto de los países en desarrollo sólo tendrá aumentos mínimos.

"Por eso, nos parece absolutamente insuficiente la formulación del mismo documento en sus observaciones finales cuando se propone como uno de los objetivos para la obtención del tránsito hacia el desarrollo en el próximo decenio 'lograr cambios adecuadamente moderados en la división internacional del trabajo a fin de permitir a los países en desarrollo que frenen sus importaciones crecientes al mismo tiempo que aceleren sus exportaciones hacia el resto del mundo'.

"A juicio del Gobierno Revolucionario Cubano, los cambios no podrán ser 'adecuadamente moderados' sino que tienen que ser cambios profundos en la estructura internacional del comercio y en las normas de comercialización.

"El Gobierno Revolucionario de Cuba entiende, por ello, que en el documento en que se tracen los objetivos del Segundo Decenio debe abogarse por que los países altamente industrializados sin grandes masas de población campesina suspendan los irracionales esfuerzos por man-

tener producciones agrícolas y animales costosas que, amparadas -- por el proteccionismo arancelario, compiten con las exportaciones -- que de estos productos podrían realizar los países en desarrollo.

"Asimismo, los documentos del Segundo Decenio deben recoger en forma explícita la necesidad de que cese la explotación de que los países en desarrollo son víctimas a través del intercambio comercial desigual entre los productos agrícolas y minerales que exportan y los productos manufacturados y bienes de capital que adquieren.

"Problemas como los de las preferencias no discriminatorias ni recíprocas a los productos manufacturados y semimanufacturados de los países en desarrollo, así como el establecimiento del financiamiento complementario, los acuerdos sobre Productos Básicos, etc., que -- consigna el documento, tienen el respaldo del Gobierno Revolucionario de Cuba."

En esta posición, la distancia entre Cuba y la mayoría de los países de la América Latina es aparentemente menor que la que existe ante otros problemas que afectan de manera común a nuestro continente.

Como se ha dicho ya, las repercusiones que en las economías de los países aún no desarrollados tiene la ampliación de la brecha que los separa de los países de mayor crecimiento industrial son de tal naturaleza que afectan -- ahora a los niveles de ingreso de las propias oligarquías nativas. Estas, -- hasta hace poco, compartían con los explotadores extranjeros una parte pequeña, pero muy importante para ellos, de los excedentes generados por -- los pueblos de la América Latina. Ahora esa parte se reduce más y más, -- al agravarse, en detrimento de los subdesarrollados, la relación de intercambio comercial, al hacerse aún más desigual. No es extraño, pues, que muchos sectores -- grandes latifundistas ganaderos, cafetaleros y conductores en mínima escala de las minas de cobre o de estaño -- enarboleden banderas nacionalistas y hasta hagan tímidas filigranas 'antimperialistas'. El -- éxito de las actitudes del Canciller chileno Gabriel Valdés en Viña del Mar se explica por esa nueva situación, que le hizo encontrar eco aún entre los sectores más reaccionarios de América Latina.

Pero la historia nos demuestra que esas actitudes son transitorias. La -- táctica de esos grupos oligárquicos en oportunidades similares, aunque menos decisivas, de la situación latinoamericana, ha consistido en unirse a la protesta continental para después transarse y negociar de modo separado, -- vendiendo el interés del continente a cambio de recuperar algunas migajas.

Por eso, no será excesiva cualquier insistencia en recordar que la América Latina no tendrá un verdadero "poder negociador" en su esfuerzo por obtener una justa política mundial de financiamiento, y en el de establecer las bases para un nuevo tipo de comercio internacional que propenda al desarrollo, hasta que no se logre para el continente en su conjunto las transformaciones políticas que permitan el predominio de gobiernos comprometidos con sus pueblos en esta empresa como lo están hoy, además del de la Cuba revolucionaria, los de Chile y Perú. Sin esa unión latinoamericana a la que se ha referido el Cmdte. Fidel Castro en su reciente discurso en el X Aniversario de Playa Girón --al rendir homenaje a la primera victoria militar -- contra el imperialismo en nuestras tierras-- no hay garantía de que las necesidades apremiantes de la América Latina van a ser servidas por esfuerzos verdaderamente comunes y firmes.

No quiere decir esto que rechazemos las tácticas que para lograr ventajas en el terreno del comercio internacional propone la Comisión Económica para América Latina en una combinación de alternativas. Lo que destacamos es que esas tácticas tienen que ser sólo una parte de la estrategia para el cambio, entendida por Cuba al modo que la hemos venido delineando en estas "Observaciones" a los documentos de CEPAL.

En este sentido, reconocemos la significación que frente a los renovados incumplimientos por Washington de sus promesas a la América Latina tiene el acuerdo adoptado el pasado mes de Marzo por la Comunidad Económica Europea al extender preferencias generalizadas y no recíprocas a un grupo importante de países subdesarrollados. Esperamos, desde luego, que el hecho de no haber incluido en ese acuerdo a países que sufren las consecuencias de un subdesarrollo heredado --algunos de los cuales padecen además -- el bloqueo norteamericano, como Cuba--, no se deba a una discriminación política sino a la necesidad de estudios más completos en la aplicación general de dicho sistema.

Dentro de ese marco estratégico, adquiere también un sentido distinto la política hacia el Mercado Común Latinoamericano. La impugnó Cuba desde 1962, con palabras del inolvidable e incisivo Ernesto Che Guevara, por constituir esa política un elemento aditivo de la "Alianza para el Progreso" que, como él dijera --y comprobara la historia-- estaba destinada a fracasar, ya que no era más que una empresa reformista con pretensiones de apagar en América la llama revolucionaria que la victoria de Cuba había encendido. Pero aún sin lograrse esa unidad continental sustentada en la estrategia de lucha, será posible obtener resultados que por parciales no serán menos importantes, en acuerdos regionales como los que se intentan en ciertas zo-

nas de la América Latina. La eficacia de esos acuerdos dependerá de la influencia que puedan tener en su contenido gobiernos y países que hayan adoptado la decisión de liberarse. Sólo así se impedirá que los "mercados comunes" se conviertan en nuevos centros de acción de los monopolios imperialistas, tal y como lo señaláramos antes. El impulso que en esa dirección ha recibido el Pacto Andino con el establecimiento de un Gobierno -- como el del Presidente Allende y Unidad Popular en Chile y con la decisión nacionalista del Gral. Velasco Alvarado y sus colaboradores, está a la vista.

PUEBLO Y DESARROLLO

Cada vez que una delegación de Cuba afronta la temática del desarrollo en cualquiera conferencia internacional, hay en su exposición una obligada referencia a la participación popular. Se origina tanto en la teoría revolucionaria que nos mueve, como en su confirmación por la experiencia histórica cubana.

Sólo una Revolución verdadera, un cambio estructural como el que postulamos, puede servir --creemos haberlo demostrado-- de premisa económico, social para el desarrollo. Además de sus consecuencias para la dinámica del proceso (redistribución de ingreso que crea el mercado interior, eliminación de los gastos de la oligarquía que frenan las inversiones e incrementan la balanza de pagos, disponibilidad de mano de obra, etc.) esa mutación revolucionaria tiene una influencia adicional y, si se quiere, aún más decisiva. Los esfuerzos para el desarrollo que significan, como todos coincidimos en ello, sacrificios físicos y morales para los pueblos en la primera y trabajosa etapa en que hay que saltar del retraso hacia las condiciones de civilización contemporáneas, no podrían contar con la participación de ese pueblo si no en la medida en que el pueblo se sienta el principal protagonista y el beneficiario mayor en los resultados ese esfuerzo.

La historia del capitalismo es la historia de la explotación más cruenta. Se ha hecho ya clásica aquella parte del Primer Volumen de "El Capital" de Carlos Marx en que, a partir de los datos suministrados por los mismos organismos oficiales, ingleses principalmente, hizo una genial descripción del proceso histórico de lo que llamó la "acumulación primitiva".

Un desarrollo sobre esas bases no sería ya posible, porque la conciencia de los trabajadores, aún en las regiones más remotas y retrasadas de nuestro

planeta, ha avanzado lo suficiente para rechazar esa insoportable explotación. Pero aquélla hizo posible las tasas elevadísimas del producto social destinadas a la inversión. Hemos visto cómo de todo el examen de los problemas del desarrollo surge inexorablemente la necesidad de altas acumulaciones con destino a inversiones inevitables. Sólo el entusiasmo y la decisión populares podrá permitir que aquellos que constituyen la principal fuerza productiva sacrifiquen el presente que han estado esperando durante siglos, en aras de un porvenir que en lo adelante ellos solos pueden edificar. El milagro que condujo a la Rusia zarista y a sus más atrasadas provincias, convertidas hoy en repúblicas socialistas independientes, a ese gran salto histórico al que ya nos referimos, no tiene otra explicación.

En las sucesivas conferencias de CEPAL, aportamos más de una vez datos ilustrativos a ese respecto. El más importante de ellos surge de las informaciones de la "zafra" azucarera de 1970, en que Cuba produjo la mayor cantidad de azúcar de caña jamás lograda antes. Casi 700,000 ciudadanos pasaron, en el transcurso de esos siete meses, por los cortes de caña y dieron su aporte. En los períodos decisivos de la cosecha, se mantuvieron permanentemente en los cañaverales 350,000 hombres y mujeres, de los cuales 250,000 no eran obreros agrícolas sino estudiantes, soldados, obreros de la industria, trabajadores de los servicios, técnicos, ingenieros, médicos, científicos...

Ahora mismo surge otro ejemplo de gran sentido económico. El Primer Ministro, compañero Fidel Castro, acaba de anunciar un plan elaborado bajo su orientación, con el concurso de los técnicos y mediante la discusión con los representantes de casi medio millón de trabajadores, que permitirá suplir con incrementos de productividad y aportaciones de los trabajadores de las fábricas de la Habana, la carencia de mano de obra para la construcción de viviendas que se produce como consecuencia de los grandes planes viales de construcción industrial, las necesarias edificaciones de hospitales, escuelas, etc. Teniendo como centro microbrigadas dotadas de los equipos necesarios para manejar la prefabricación de viviendas, los obreros de esas fábricas, en horas libres de una parte, pero sobre todo aportando cada una de esas fábricas un núcleo de trabajadores, la actividad industrial de los cuales será sustituida con incrementos en la productividad de los que quedan en las fábricas, construirán las viviendas que servirán para dotar de habitación a todos los trabajadores de la provincia de la Habana, en un plan de varios años. Este plan se inicia ya en las demás provincias del país.

Con ese ejemplo sólo queremos subrayar que el proceso de cambios revolucionarios es indispensable, no sólo por razones de justicia social sino por estas otras que derivan de los propios procesos del desarrollo en las condiciones contemporáneas.

HACIA LA UNIÓN

DE LOS PUEBLOS DE AMÉRICA LATINA

Se advertirá, con la lectura de estas páginas, que Cuba coincide con el diagnóstico que de la economía latinoamericana viene formulando desde hace años la Comisión Económica Regional; pero no coincide con su estrategia para el desarrollo.

Resulta, por lo demás, bien explicable. La Secretaría de la Comisión no puede, en sus proposiciones, ir más allá de lo que la naturaleza de nuestro organismo le permite. Y la Comisión, a pesar de ser "Para América Latina", es la suma de los gobiernos de América e incluye --por razones históricas que ya están superadas y que habrá que examinar algún día--, a representantes de países desarrollados que no son de la zona, algunos de los cuales, como Estados Unidos, han sido los causantes mayores de nuestro retraso.

No esperamos asimismo, por ello, que la estrategia alternativa que Cuba --propone encuentre un eco mayoritario en la Comisión. Tampoco puede preocuparnos en un sentido histórico.

En ese mismo discurso en que explicaba, hace muy pocos días, cómo había sido posible que un pequeño país hubiera derrotado a golpes de heroísmo el plan elaborado por la poderosa Agencia Central de Inteligencia, con la complicidad del Presidente Eisenhower, del candidato Nixon y la anuencia ulterior del nuevo Presidente Kennedy, Fidel Castro, Primer Ministro de la Cuba revolucionaria, señalaba hacia la fuerza invencible de los pueblos que ha tenido en Viet-Nam el más alto ejemplo contemporáneo. Pero, además, cuando describía el panorama latinoamericano diez años después de esa primera derrota imperialista, iluminaba los elementos de la nueva crisis revolucionaria, cada vez más profunda, que apunta ya en todos los rumbos del continente y de los cuales Cuba, Chile y Perú no son más que los primeros síntomas que se muestran también en una Bolivia convulsionada, en la cual la sementera de muertos heroicos --Che Guevara el más alto--, no ha sido, no podría ser, estéril.

De esa ebullición revolucionaria que surge de los propios pueblos --y no, como torpemente pretenden algunos hacer creer, de supuestas interferencias,

exteriores-- , derivaba el Primer Ministro de Cuba su seguridad de que - aquella unión de Nuestra América entrevista hace más de un siglo por - Bolívar, soñada por José Martí, se acercaba.

"La unión --precisó Fidel Castro-- no se producirá por acuerdo un día, a una hora determinada. Será un proceso histórico en la medida en que se tome conciencia de este fenómeno, en la medida en que los pueblos se liberen y en la medida en que comprendan que para cada uno de nuestros pueblos hay una sola verdad: sólo hay porvenir en la unión, sólo hay salvación en la unión."

"Será --concluyó Fidel Castro-- un proceso histórico largo, de integraciones parciales de tipo económico, hasta que un día --es la ley de la historia-- algún día, perteneceremos a una Unión de los Pueblos de América Latina. Unión económica y unión política de los pueblos latinoamericanos."

Con esa convicción, la Delegación de Cuba entrega sus observaciones sobre la estrategia necesaria.

